

El ángel de la guarda

Mario Halley Mora

Su madre se lo había repetido cientos de veces, y él, pobrecito, creyó en él, en el Ángel de la Guarda, como aprendió a creer en Caperucita, Pulgarcito, los Reyes y la Cigüeña que trae a los nenes de París. El Ángel de la Guarda, el suyo, fue una silueta más, dorada y hermosa, flotando en el mundo multicolor de la fantasía.

Pero cierto día llegó a la casa un vendedor de cuadros. Y su mamá compró uno para colocarlo en el dormitorio del nene. Representaba justamente el Ángel de la Guarda, alado, sonrosado, de bucles rubios, con larga túnica y rostro perfecto, tan lindo que sólo era eso: ángel. Ni hombre ni mujer, pero ángel y hermoso. En el cuadro había otro niño como él, de cinco años, que corría detrás de una pelota que rodaba al abismo, y el niño también se encaminaba a él, pero allí estaba el personaje celestial, bello y guardián, que lo detenía al borde de la caída.

Contemplando el cuadro, empezó a preguntarse si el suyo, su Ángel de la Guarda, sería tan hermoso como el del cuadro. Preguntó a su madre, y su madre le dijo que sí, que todos los Ángeles de la Guarda eran bellos y puros como aquel otro. Pero quiso comprobarlo, y de su madre se desplazó hacia la fuente de sabiduría mayor que era su padre, el-que-nunca-se-equivoca, que estaba leyendo el diario cuando él le preguntó:

—Papito... ¿yo puedo ver a mi Ángel de la Guarda?

De detrás del diario, rescatado por un momento de las noticias sobre bombardeos en Vietnam, surgió la voz indiferente del padre.

—Supongo que sí.

—Pero... ¿cómo?

El padre dejó de lado el diario. Se había acercado también su madre. Una mirada de auxilio fue de aquél a ésta.

—Dice el nene si cómo se hace para ver el Ángel de la Guarda.

El nene se mantenía silencioso, esperando la información de la fórmula maravillosa. Pero vio que su mamá se reía solamente, con risa tonta, desconcertada, como cuando se ha guardado el vuelto de las compras y papá se lo reclamaba. Entonces, el papá asumió la responsabilidad.

—Bueno, hijo, es cuestión de tener fe, supongo. Sí, eso, tener fe... digo yo.

La madre había encontrado un punto de partida, y agregó:

—Y rezarle todas las noches, supongo...

—¿Y aparecerá?

—Bien... como te dijo papá... si tenés fe...

Desde esa noche, por muchas semanas, no se durmió sin antes lanzar una fervorosa oración que él mismo había inventado, y que la decía todo de corrido, aguantando la respiración, porque tenía entendido que la fe era eso, llenarse por dentro de aflicción, de aire de la noche y de esperanza:

—Ángel de la Guarda quiero verte y tocar las plumas de tus alas y contarme cómo se siente volando por el cielo y quién enciende las estrellas y de dónde viene el agua de la lluvia y dónde está sentado Dios y cómo hace para ver todo lo que hacemos, y también quiero ver tu cara para ver si sos más lindo que el ángel del cuadro y que me digas que me vas a salvar si me caigo en la piscina en la parte honda donde se bañan los grandes y si yo voy a sentir que es tu mano la que me saca del agua y todo eso para poder verte aunque sea una sola vez. Amén. Y se dormía.

Transcurrieron semanas y semanas, y el Ángel soñado no aparecía.

—Papito... ¿qué es tener fe?

—Este... Mirá, es creer siempre. Eso.

Satisfecho de la respuesta, el padre volvió a ocuparse de cortar las uñas de los pies.

El nene volvió a la carga con renovados bríos. Creer siempre, había dicho su papá. Y creyó apasionadamente, y rezó con más angustia que nunca.

Y aquello sucedió. Despertó en medio de la noche. La alta ventana que daba al remate copudo del mango del patio estaba abierta, y las cortinas se hinchaban

suavemente. Lo primero que pensó fue que su madre había olvidado cerrarla después de darle las buenas noches. Pero de pronto adivinó como un resplandor dorado al pie de su cama. Fijó la vista, y allí estaba él, o ella. El Ángel de la Guarda, el suyo, las grandes alas como de plata lustrada, plegadas detrás de los hombros, como una capa de cielo líquido. Los cabellos rubios, caídos sobre los hombros, la mirada azul y una sonrisa tan buena como sólo se la puede ver en el cielo.

—Aquí estoy...

Quedó mudo de asombro y de susto. Entonces, el Ángel le acarició la frente, y ya no sintió miedo. E hizo todas las preguntas, y el Ángel le contó cómo era el cielo, y qué era la lluvia, y que Dios era medio cascarrabias, como un abuelo, pero como un abuelo de gran corazón. Entonces él le pidió que volviera todas las noches, pero el Ángel le dijo que no podía, que había venido por él como una excepción singular, pero de todos modos siempre estaría con él, para cuidarlo de todos los males, de rescatarle de todas las tristezas. Finalmente, le dijo dulcemente:

—Y ahora, a dormir.

Cerró los ojos. Sintió que dedos como pétalos tibios de vida se posaban sobre sus párpados. Iba durmiendo dulcemente, pero aún revoloteó en la mejilla un contacto como de miel destilada en los jardines del Arco Iris, un beso realmente venido del cielo.

A la mañana siguiente, en la mesa del desayuno, lanzó la noticia:

—Papá, anoche vino mi Ángel de la Guarda, y conversamos.

La madre, que batía el tazón de Toddy, detuvo bruscamente el movimiento circular. El padre, que bebía su café con leche mientras leía el diario apoyado en la cafetera, levantó la cabeza.

—¿Qué dijiste, hijo?

—Que anoche vino mi Ángel de la Guarda y conversamos.

Miró a papá y mamá esperando la explosión de alegría, al fin de cuentas habían tenido razón. Ellos habían dicho: tener fe y rezar. Pues bien había dado resultado.

Pero se desconcertó. En las miradas de aquellos seres superiores no había felicidad, sino otra cosa, debajo de ceños arrugados.

—Querrás decir... que lo viste en sueños, hijo.

—No, desperté y estaba ahí. Había entrado por la ventana. Conversamos.

—Pero si yo cerré la ventana...

—Él la abrió, mamá. Estaba sentado en mi cama. Y cuando se fue, me besó.

Aquí —y señalaba la mejilla que aún conservaba un breve rastro de miel celeste.

—Mirá, hijo, esas cosas no pueden su...

Una rápida mirada de la madre cortó aquella frase paterna. Y sorprendió una seña imperceptible, como cuando se llaman aparte para decir cosas misteriosas que él no podía oír. Y se fueron a cuchichear a la sala, dejándole a él, de paso, una sensación de tristeza y de fracaso. Le habían dado ayuda para llamar al Ángel. Aquello resultó, pero algo andaba mal. ¿Qué?

Por la noche, después de regresar del trabajo, el padre le llamó aparte. Y lo sentó en sus rodillas, y empezó con el «vamos a hablar de hombre a hombre» que usaba cuando él se había portado mal.

—Mirá, hijo, vos sabés que en tu cabecita hay eso que se llama cerebro. Sirve para pensar, y para ver, y para oír. Es... como una máquina que no falla nunca, ¿sabés? Bueno, a veces falla también, no porque seamos malos, sino porque queremos que las cosas sucedan a nuestro gusto. Entonces el pobre cerebro se confunde. Y vemos lo que no existe y oímos sonidos que no vienen de ninguna parte, sino de nuestras ganas. Eso es lo que se llama fantasía. Eso fue lo que pasó anoche, hijo. No viste nada, creíste ver.

—Pero papá, yo le vi, estaba allí.

—No. Es fantasía, como soñar despierto.

—Pero vos y mamá me dijeron que si tenía fe...

—Sí, es cierto, pero... ¡era fantasía!

—Papá, estaba allí. Entró por la ventana abierta. Y conversamos, y me dijo que me iba a proteger, como al nene del cuadro, ese que va a caer en la zanja oscura...

—Mirá que la mentira es pecado, ¿eh?

—No es mentira, papá, estaba allí. Entró por la ventana. Y me dijo que Dios era como un abuelo...

Se interrumpió en su explicación. No se había dado cuenta que su mamá estaba escuchando. Reveló su presencia con un sollozo, y con su rápida carrera hacia la cocina.

A la mañana siguiente papá no fue al trabajo. Lo bañaron y lo vistieron y lo llevaron al centro, a un edificio blanco, rodeado de jardines. Una enfermera los atendió, y les dijo que esperaran. El nene pensó que aquello era un Hospital, y que tal vez abuelita estaba enferma, y venían a visitarla, como el año anterior cuando él se comió todas las manzanas que estaban sobre la mesita de luz.

Después siguieron a la enfermera, y entraron a un gabinete lleno de libros, y con un escritorio y un diván. Abuelita no estaba allí, sino un señor de ojos cansados y cabeza calva, con un guardapolvos blanco, y en el bolsillo superior media docena de lápices de colores. El hombre conversó a media voz con su padre, y después les pidió a ambos que esperaran afuera, y él se quedó solo con aquel señor con cara de pájaro.

—Siéntate ahí...

Se sentó en el borde del diván.

—Y ahora, caballerito, contame eso del Ángel de la Guarda.

Tenía un cuaderno de apuntes sobre las rodillas, y un lápiz. Le contó todo. Y el señor escribía todo. Después de la historia, le hizo infinidad de preguntas tontas. Si cuantos dedos tenía en la mano, o si odiaba a su papá porque se encerraba con mamá para acostarse. Si cuando mamá le bañaba, no tenía vergüenza de que ella le viera el pajarito, o si se lo tocaba cuando nadie miraba. Si le gustaba más jugar con las nenas o con los nenes. Y finalmente, si el Ángel de la Guarda que vino a verlo no tenía grandes pechos, como si estuvieran llenos de leche. Sintió miedo y vergüenza, a pesar del falso tono de juego que usaba al hablar aquel hombre con cara de pájaro. Y se dolió por el Ángel, que debería estar por allí cerca, y estaría oyendo aquella grosería de los pechos con leche. Se puso a llorar y llamó a su padre. El hombre abrió la puerta y dio paso a los dos. Susurró algo y su padre se lo

llevó afuera, donde le hizo sentar en un banco, y su padre y su madre se encerraron con aquel desagradable personaje. Pero la puerta quedó entreabierta, y él escuchó palabras incomprensibles... paranoia precoz... cierta forma de mentalidad esquizoide... alucinaciones visuales y auditivas... medio ambiente familiar, alimentación involuntaria de potencias míticas deformantes de la personalidad... palabras desconocidas, como el ruido amedrentador del viento tormentoso arañando la ventana...

Volvieron a casa. Vio subir a mamá al dormitorio, y volver con el cuadro aquel del Ángel de la Guarda. ¿Por qué se lo quitaban? También dejó de ir al Kindergarten, y en vez de eso iba tres veces por semana a visitar al hombre con cara de pájaro, que le revolvía la mente y los recuerdos una y otra vez, siempre sobre lo mismo, hasta que fue capitulando de a poco, como si aquella cabeza de pájaro se le metiera adentro, y fuera picoteando su recuerdo, pero no se defendía, porque estaba adormecido por aquellas pastillas blancas que le daba su mamá antes de ir al Hospital, y fue cediendo más y más, hasta admitir con el corazón vacío de confianza que papá y mamá no eran infalibles, que aquello de la fe era... ¿cómo había dicho su padre? Fantasía. Y finalmente, el Ángel de la Guarda fue aquella otra palabra difícil, pero que le provocaba un respetuoso temor. ¿Alucinación? Eso. Cosas que no son, pero parecen ser.

Vio que en su casa reinaba la alegría, y que él debía compartirla, pero no podía. Está bien, los grandes siempre tienen razón. Pero adentro, allí donde su cuerpo se llenaba de aire de la noche para tener fe, sentía ahora un vacío.